

9. Negarse a sí mismo para seguir a Cristo

Cuando Santiago y Juan dicen que pueden beber el cáliz de Cristo, es como si hicieran una profesión religiosa, es como si se ataran para siempre a sus esposas en matrimonio, es como si durante la Vigilia Pascual prometieran, como todo cristiano, ser fieles hasta la muerte a su bautismo, y renunciar a todo lo que se opone a nuestra pertenencia a Cristo. Son compromisos verdaderos y serios, libres, y de hecho Jesús los toma en serio, acepta su “profesión solemne”: “¡Podemos!” - “¡Mi cáliz lo beberéis!” (Mt 20,22-23).

Pedro hace lo mismo: “¡Daré mi vida por ti!” (Jn 13,37); “¡Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré!” (Mt 26,35)

Pero luego seguirán cayendo, todos huirán, negarán. Podríamos decir: ¡qué desastre! Pero sabemos que deberíamos decir “¡Qué desastre!”, especialmente de nosotros, de nuestra profesión, o, para los que están casados, de su matrimonio, o, para los que están ordenados, de su sacerdocio. ¡Qué desastre nuestros compromisos, nuestras promesas, nuestros votos! Sé de un obispo que, al preguntar a los ordenandos: “¿Prometéis obediencia a vuestro obispo?”, se interrumpió y dijo en voz alta: “¡Es inútil preguntar, de todos modos nunca obedecéis!”

Es cierto que a menudo somos poco de fiar en los compromisos que asumimos. Todo el mundo lo sabe por sí mismo, aunque por fuera quizás todos nos crean modelos de fidelidad. Sin embargo, y esto es lo que quiero subrayar, aunque Jesús conoce todo esto mejor que nosotros, incluso antes de que experimentemos nuestros resbalones y caídas, Jesús se toma en serio nuestros compromisos, nuestras promesas y profesiones. Ante el “¡Podemos!” de Santiago y Juan, no mueve la cabeza sonriendo como si se tratara de dos niños irresponsables. Los toma en serio: “Mi cáliz lo beberéis”.

Y el don de la vida de Pedro, aunque le dice que lo negará tres veces, no lo rechaza. Sabe que no será inmediatamente, que primero debe morir en la cruz y resucitar, pero después recuperará inmediatamente el compromiso de Pedro y lo consagrará pidiéndole tres veces su amor (Jn 21,15-17), y anunciando su martirio cuando otro lo tome y lo lleve donde no quiere (Jn 21,18-19).

Pero debemos comprender inmediatamente una cosa que es indispensable para vivir todo compromiso, toda promesa y todo voto. Hay un momento en el que decimos “¡Puedo!”, o “¡Lo haré!”, es decir, en el que decimos “Sí” y en el que Cristo acepta nuestro “Sí” y nos hace una promesa: “¡Beberás mi copa!”, es decir, “¡Muy bien, acepto tu compromiso de dar toda tu vida por mí y conmigo, hasta la muerte!” Pero después de este momento no se suele morir inmediatamente, como tantos jóvenes mártires o santos a los que el Señor se ha llevado inmediatamente. Después de este momento, Jesús nos dice, o repite con más fuerza y claridad, la última palabra que dijo a Pedro en el Evangelio de Juan: “¡Sígueme!” (Jn 21,19).

Todos los compromisos, las promesas, los votos, Jesús los ratifica fundamental y esencialmente con esta palabra: “¡Sígueme!” Así que es a la luz de esta palabra que debemos entender y vivir todos los compromisos, promesas y votos. Todo mira a seguir a Jesús, y sólo siguiendo a Jesús cumplimos nuestros votos, vivimos una fidelidad, la recuperamos cuando falla. El Señor siempre nos da la capacidad de levantarnos de nuevo de cada resbalón o caída. Pero no sirve de nada volver a levantarse si uno no sigue. No nos levantamos para quedarnos quietos: nos levantamos para caminar. Hemos jurado, nos hemos comprometido, por el bautismo, por la profesión religiosa, por el matrimonio o la ordenación, nos hemos comprometido, nos hemos jurado, a caminar en pos de Cristo, siguiendo a Cristo. Seguir a Cristo es toda la dirección de nuestra vida, el único camino de nuestra fidelidad, la única forma de alcanzar la meta, el propósito para el que vivimos.

Sólo siguiendo a Cristo podemos pasar de nuestros intereses egocéntricos a la belleza y la alegría de buscar siempre los intereses de Cristo, como sugiere San Pablo y todo el Nuevo Testamento.

San Benito no utiliza muchas veces el término “seguir” en referencia a Cristo, pero las pocas veces son muy significativas.

La expresión más intensa se encuentra en el capítulo 4 de la Regla, sobre los instrumentos de las buenas obras. Después de enumerar los Diez Mandamientos y la regla de oro de no hacer a los demás lo que no queremos que nos hagan a nosotros (RB 4,1-9), parece querer iniciar una nueva sección de instrumentos, pasando, por así decirlo, del Antiguo al Nuevo Testamento, y escribe: “*Abnegare semetipsum sibi, ut sequatur Christum*” (4,10). No basta con traducirlo como: “Negar a sí mismo para seguir a Cristo”, porque San Benito refuerza la negación de sí mismo diciendo “*semetipsum sibi*”, es decir, “negarse a sí mismo”. Pide precisamente que sigamos a Cristo con todo nuestro “yo”. Nos pide que renunciemos a todo interés propio para dejarnos determinar sólo por los intereses de Cristo. No se trata de anular el propio yo, la propia persona, como si nos arrojáramos a un fuego que nos consume y destruye por completo. Jesús no es un fuego que consume: Jesús es el Camino que hay que seguir, porque es el camino que nos lleva a la plenitud de todo lo que somos; Cristo es la Verdad que hay que abrazar, porque es también la verdad total de nosotros mismos; Cristo es la Vida de nuestra vida: sólo con Él estamos verdaderamente vivos, tan vivos como para vivir eternamente (cf. Jn 14,6).

Benito retomará y expresará plenamente esta conciencia cuando al final de la Regla pida a los monjes que “no prefieran absolutamente nada a Cristo, para que nos conduzca a todos juntos a la vida eterna” (RB 72,11-12).